# Hombres y mujeres célebres

## VIDAS DE SANTOS

**LLAMAMOS santos a las personas que consagraron su vida al ejercicio de la caridad, llenas de devoción para con Dios y verdaderamente arrepentidas de cualesquiera pecados que hubieran podido cometer. Muchas de estas almas nobles, cuya vida fué todo bondad, han sido elevadas por la Iglesia al honor de los altares, o, en otros términos, han sido *canonizadas* después de su muerte, y se ha señalado un día al año para honrar su memoria. Muchas y hermosísimas son las narraciones que se pueden formar de las vidas de los santos, y todas ellas dignas de lectura y meditación. En estas páginas leeremos algunas de los santos más populares.**

# EL POBRECITO DE ASÍS

EN el siglo XIII, vivía en Asís, ciudad de Italia, el hijo de un riquísimo comerciante; llamábase Francisco. Era un muchacho de gallarda figura, viva mirada, natural alegre y enteramente dado a la vida de placer y de disipación, desde que entró en los años de la juventud. Hízose famoso por su gran despilfarro, y aun con frecuencia se jactaba de exceder, en grandeza y vanidad, a los hijos de los mismos nobles.

Cuando he aquí que, en medio de su loca y desenfrenada vida, llegó a su corazón una voz del cielo, la cual le hizo ver de repente la locura y vanidad en que había vivido; porque locura es deleitarse en vestir con riqueza y pensar únicamente en el placer del cuerpo, cuando cada día que pasa nos acerca un paso más al instante de la muerte.

Desde este momento, Francisco, dando de mano a su insensato comportamiento, y determinado a servir fielmente a Cristo, hizo trizas sus ricos vestidos y empezó a vivir como mendigo. Su padre se enfureció contra él; sus antiguos amigos llegaron a divertirse con él tirándole lodo; casi todos creyeron que había perdido el juicio. Algunos, sin embargo, empezaron a notar que Francisco era, en efecto, discípulo del Salvador, porque ni se encolerizaba, ni hablaba a gritos, ni se mofaba de nadie, como antes solía. Era el mismo joven alegre, de ojos brillantes, de magníficas prendas de corazón y entendimiento, con la diferencia de que toda su jovialidad procedía ahora del amor de Dios.

El gran secreto de la vida de San Francisco de Asís fué la extraordinaria estima en que tuvo la pobreza. « Si Jesucristo se hizo por nuestro amor hijo de un pobre carpintero,—solía decir—es indudable que nosotros debemos hacernos pobres por Él ». Apenas puede ponderarse la alegría que experimentaba en la pobreza: llamaba a esta virtud la gran señora, y se ufanaba de haberse desposado con la hermosa señora *Pobreza*. Vestía un burdo sayal de color pardo, comía sencillamente y empleaba todo el tiempo en enseñar a la gente a no ambicionar riquezas y honores, sino la pobreza, o en otros términos, predicaba un amor a Dios tan ferviente, que todos los bienes, honras y magnificencias del mundo parecieran cosa necia, trivial e indigna de ser apetecida.

Su amor de Dios incluía el amor de la hermosa tierra, hecha por Dios, y de todas sus criaturas. Odiaba la crueldad. Predicaba a la gente el amor « a nuestros hermanos los pájaros »; hablaba del viento, tratándole de « hermano », y a la lluvia como si fuera « hermana »; y la razón de ello era porque, viendo en Dios al Autor y Padre de todas las cosas, consideraba a todas las criaturas como hermanos.

Durante seis siglos, el género humano ha demostrado especial amor a San Francisco, a quien se llama el *Pobrecito de Asís*. A todos nos ha dejado ejemplo de que podemos reformar nuestra vida, y llegar a ser tan buenos que nos hagamos semejantes al hermoso e inocente Cristo.

Por muchas razones nos es grata la

persona de San Francisco; pero quizás el título que le ha hecho más acreedor al afecto popular, más todavía que muchas otras de sus virtudes, ha sido su sencillísima predicación, en la que nos enseñó a no tratar nunca con crueldad a ningún ave ni animal, sino a considerarlos siempre como hermanos en la creación, y a difundir el amor de Dios en toda criatura viviente.

# EL GIGANTE QUE LLEVÓ EN HOMBROS A UN POBRE

HALLÁBASE sentado, cierto día, en su celda un anciano ermitaño, cuando se le presentó un hombrón de formidable musculatura, que dijo llamarse Offero y le contó la historia más extraña del mundo.

«Desde mi juventud he tenido una fuerza extraordinaria—empezó diciendo—no ha habido juego ni deporte en que no venciese a mis contrincantes. Pero pronto me cansé de esta vida de ociosidad; una voz interior, que me impulsaba a cosas mucho más elevadas, no me permitía quedar satisfecho de mí mismo».

«Vestí, pues, mi armadura, empuñé la espada, y viajé hasta dar, por fin, con el palacio del mayor rey de la tierra, a cuyo servicio quedé por algún tiempo. Un día le vi hacer una señal en la frente, siempre que su bardo, que delante de él cantaba acompañándose del arpa, mencionaba al demonio. No quise servir más a semejante rey, que no era valiente, pues tenía miedo al diablo. Emprendí de nuevo mi camino, y andando, andando, encontré en el centro de una negra floresta a Satanás rodeado de su corte».

«—¿Eres el rey más valiente de la tierra?—le pregunté. Y oyéndole decir que no temía a nada, determiné prestarle mis servicios».

«Pero, viéndole un día retroceder espantado ante una crucecita de madera, colocada en un camino real, le increpé diciéndole:—¡cómo! ¿Eres el hombre más valiente del mundo, y te asusta un pedazo de madera?»

«—No me asusta la cruz—me contestó él;—sólo temo al que murió en ella».

«En cuanto oí esta respuesta, dejé al demonio; y, desde entonces, he procurado en todas partes descubrir quién es ése que estuvo pendiente de la cruz. Ahora una voz interior me ha traído a ti; te ruego que me expliques la historia del rey a quien teme el diablo».

Explicósela el ermitaño, y en cuanto hubo concluído, levantó en alto el gigante su descomunal espada y presentándola al cielo, juró que en adelante sólo serviría a Cristo. Díjole el ermitaño que este rey no quería que los hombres peleasen por él, sino que luchasen contra el demonio, mediante una vida llena de virtudes y dedicada a la oración.

Replicó Offero que muy bien podría ser esto verdad, pero que indudablemente Dios no le había dado inútilmente fuerza muscular, y que esta fuerza se la consagraría a Cristo. Entonces, el ermitaño le condujo a las orillas de un ancho e impetuoso río, y le ordenó que viviese allí y ayudase a las personas pobres a pasar la corriente. Agradó a Offero la proposición del anciano; edificó una choza, arrancó un pino para utilizarlo como báculo, y cuado algún pobre necesitaba atravesar la impetuosa corriente, lo tomaba a cuestas y lo pasaba a la otra parte, diciendo que lo hacía por amor de Dios.

Una noche tempestuosa, llegó a él un niño rogándole que le trasladara a la otra parte, y Offero, tomándole en hombros, empezó a vadear la corriente. Pero al paso que avanzaba, el niño pesaba más y más, hasta el extremo de que al gigante llegaron a flaquearle las rodillas. Con todo, le trasladó a la otra ribera, y cuando le hubo bajado de sus hombros, le dijo:

—¡Cristo válgame lo que pesas!

# SAN CRISTÓBAL Y SANTA ÚRSULA



El gigante Offero se hallaba una noche a la orilla de una impetuosa corriente, cuando se le acercó un niño para que le pasase al otro lado. Después que le hubo pasado díjole el niño: «Yo soy Cristo y por cuanto has sido bueno para con el débil y has llevado a Cristo sobre tus hombros, te llamarás Cristóbal», esto es, «el que lleva a Cristo».

Iba la hermosa princesa Santa Úrsula, hija del rey Bretaña, acompañada de otras nobles y santas doncellas predicando a Jesucristo, cuando el impío rey de cierto país dióle muerte clavándole en el corazón una saeta.

A estas palabras transformóse el niño en estado glorioso, rodeado de un nimbo de luz celeste, y dijo a Offero:

—Te he parecido pesado, porque llevo sobre mí los pecados y tribulaciones de todo el mundo. Yo soy Cristo. Y por cuanto has sido bondadoso para con el débil y me has llevado a mí en tus hombros, tú mismo en la exclamación anterior has pronunciado el nombre que llevarás en adelante. *Cristobal.*

Desapareció el niño, y Cristóbal cayó de rodillas en medio de la obscuridad en que había quedado nuevamente al desaparecer aquél.

Cristóbal, o Cristóforo, quiere decir «el que lleva a Cristo».

## SANTA URSULA Y LAS DIEZ MIL VÍRGENES DE BRETAÑA

CIERTO día se presenció en Bretaña el espectáculo más admirable que cabe imaginar. En una gran pradera habíanse congregado, en número de más de diez mil, las doncellas más hermosas del país; y sentada en un tronco, la princesa Úrsula de Bretaña les estaba explicando la vida de Jesucristo.

Era esta princesa Úrsula hija única del rey, y de tan agradable presencia, que la fama de su hermosura se había extendido por todo el mundo. Habiéndola pedido por esposa el príncipe Conón de Bretaña, la joven le contestó que le enviase diez de sus más nobles señoras, escoltada cada una por mil doncellas, y que aguardase durante tres años. Entonces enseñó a estas damas el cristianismo y, ya instruídas, salió en su compañía a visitar tierras extrañas, mientras el príncipe Conón, sin moverse de su patria, se aplicaba a estudiar la religión del Crucificado.

La princesa Úrsula, con su gran acompañamiento de doncellas, causó una impresión indecible por donde quiera que pasó; y muchos pueblos se convirtieron por causa de ellas. Mientras tales cosas sucedían, era tanto lo que a Úrsula amaba el príncipe Conón, que, al fin, determinó seguirla — dice la leyenda,— acompañado de numerosos obispos y clérigos, incluyendo en ellos al mismo Papa. Suspiraba Conón por el día en que pudiera llamar a Úrsula esposa suya; mas, con todo, se consideró dichoso de recorrer el mundo en su compañía, difundiendo por todas partes el conocimiento del Salvador. También Úrsula le amaba, pero sabía que Dios quería servirse de ella para una grande obra. Continuaron, pues, su peregrinación, hablando a las gentes del amor de Jesucristo.

Al fin, llegó Úrsula a una tierra, cuyos habitantes, paganos todos ellos, se levantaron contra ella y asesinaron a cuantos la seguían, sin exceptuar a los obispos, clérigos ni al propio príncipe Conón, con los caballeros que formaban su escolta; sólo perdonaron a Úrsula, cuyo hermoso rostro contuvo el atrevimiento de los hombres más brutales y paralizó las manos de los más feroces.

Conducida Úrsula ante el rey, le propuso éste que se casara con él; pero la virgen le habló con tanto valor de los criminales asesinatos ejecutados por su orden que, encolerizado el príncipe, disparó una saeta y la clavó en el corazón de Úrsula. Así entró en el cielo esta princesa, la última de aquel brillante ejército que, a su mando, había cruzado el mundo para difundir por él la buena nueva del amor de Cristo.

## SANTA CATALINA, LA ADMIRABLE JOVEN QUE DESAFIÓ LAS IRAS DEL EMPERADOR

ES costumbre en algunas partes de Inglaterra, celebrar la noche del 5 de Noviembre quemando una rueda de fuegos artificiales, llamada rueda de santa Catalina. Consiste dicha rueda en un aro de madera con varillas, en

# SANTA CATALINA ATADA A UNA RUEDA

Muchos años hace sucedió en Egipto que Catalina de Alejandría, se presentó en el palacio del emperador para echarle en cara la crueldad con que trataba a los cristianos. Condenada a muerte por el tirano, Catalina fué atada a una rueda armada de cuchillas, y cruelmente atormentada. La santa escapó con vida de la rueda, pero fué metida en una mazmorra, en donde permaneció doce días, al fin de los cuales fué decapitada.

vez de rayos, y provista de cohetes en toda la circunferencia, de modo que, fijándola en una pared y encendiendo la pólvora del interior de los cohetes, toda la rueda se enciende y silba, y arroja chispas, a la vez que gira vertiginosamente, apareciendo a la vista como un aro de fuego de diversos colores.

La rueda de santa Catalina recibe su nombre de la heroína que fué martirizada con una rueda. Llamábase Catalina de Alejandría. Era cristiana y la joven de más privilegiado entendimiento que en sus días había en todo Egipto. Vivió en el siglo IV, cuando la mayor parte de la gente que la rodeaba eran paganos. Oyó un día que el emperador Maximino había ordenado matar a muchos infelices para ofrecer así un sacrificio a los ídolos que el emperador adoraba; y entonces la intrépida virgen fué a su palacio y condenó su crueldad e insensatez.

En vano trató el emperador de entrar en discusión con la joven; ésta tenía mucho más talento que él y, además, la causa que ella defendía era tan justa y recta, que difícilmente podían oponérsele objeciones que tuvieran visos de razonables. Viendo el emperador que no podía contestar a los argumentos de Catalina, mandó buscar a todos los sabios para que contendiesen con ella; pero tampoco consiguieron refutar sus razones. La santa los derrotó a todos en una gran controversia; y muchos de los que habían oído sus admirables palabras, se convirtieron al cristianismo. De tal suerte se encolerizó entonces el emperador, que condenó a la joven a ser atormentada en una rueda hasta que exhalara el último aliento.

No podemos describir con exactitud dicha rueda. Una versión dice, que tenía la forma ordinaria, pero que estaba erizada de puntas, las cuales herían a la santa al menor movimiento. Otra refiere que no era una, sino cuatro juntas, armadas con dientes. Sea cual fuere la naturaleza de aquella rueda, la joven Catalina fué atada a ella. Entonces sucedió una cosa maravillosa. Apenas acababa de ser puesta en el suplicio, cuando se le apareció un ángel, —según cuentan antiguas narraciones— el cual rompió sus ligaduras, hizo añicos la rueda, mató al inventor de ésta y exterminó también a varias personas crueles que habían acudido a presenciar el martirio de la heroica joven. Los que pudieron escapar huían gritando: «¡Grande es el Dios de los cristianos! Sus obras son poderosas en el cielo y en la tierra».

Pero el depravado emperador no estaba satisfecho. Había ordenado azotar a Catalina, y encerrarla en un obscuro calabozo, sin darle alimento durante doce días. En medio de su dolor, tuvo la joven visiones consoladoras; y dice la historia que una paloma le llevaba de comer.

Al fin de los doce días, el emperador hizo sacar a Catalina y la mandó decapitar, y así halló la muerte.

Esto refieren los libros antiguos. Lo cierto es que santa Catalina fué martirizada en una rueda de tortura, y que de esta prueba salió con vida. Los cuadros antiguos de la santa la representan con la simbólica rueda.

## SAN BENITO HUYE DE ROMA SIENDO UN MUCHACHO

MUCHOS años hace, había en Italia una rica familia, cuyo hijo único era el encanto de sus padres por su afabilidad, por sus placenteros modales y por la agudeza de su ingenio.

Quisieron sus padres que fuera juez, y a este fin, cuando todavía era muy joven, le enviaron a la gran ciudad de Roma, para que estudiase leyes. Pero el muchacho, cuyo nombre era Benito, encontró que Roma era una ciudad temible y malvada; le disgustó el lujo que se le ofrecía a la vista, no menos

# San Benito huye de Roma siendo un muchacho

que las ligeras, insubstanciales y con frecuencia malas conversaciones que llegaban a sus oídos. En vez de pensar en las leyes, pensó en estas maldades, maravillándose del juicio que Dios formaría de la ciudad de Roma. Fué tanto lo que le disgustó esta gran ciudad, que huyó de ella y, determinado a servir al Señor en silenciosa soledad, ocultóse en un cerro no muy distante. Pero su antigua nodriza, que le amaba tiernamente, siguió a Benito y le cuidó con afectuoso esmero. Durante algún tiempo vivió de esta manera, hasta que le pareció que obraba mal en permitir que la buena anciana se cuidase de traerle los alimentos. Este pensamiento le sugirió de nuevo la idea de huir, y así lo hizo; esta vez se internó mucho en las montañas y vivió en una cueva de fieras. No dejó de experimentar tentaciones en su solitaria vida; y en cierta ocasión se sintió tan horriblemente tentado de volver a Roma, que se arrojó desnudo en un zarzal, revolcándose en él, hasta que el dolor de las punzadas llegó a ahuyentar todos los malos pensamientos de su mente.

Pasaron varios años; y habiendo oído la gente que en una cueva vivía solitario un santo varón, cuyo único pensamiento era Dios, dieron en ir a visitarle. Un grupo de monjes quedó tan impresionado por su predicación, que le rogaron fuese a vivir con ellos y los dirigiese, a lo cual accedió Benito. Mas, hallando luego que los monjes vivían con excesivo regalo, introdujo gran severidad en sus vidas. Entonces, arrepentidos aquellos de haberle rogado que fuese su superior, trataron de matarle emponzoñando cierta cantidad de vino que presentaron al santo en una copa. Mas, avisado Benito, hizo la señal de la cruz sobre el vino, y cayó la copa al suelo haciéndose pedazos. San Benito, entonces, volvió a su cueva, y como se juntasen muchos siervos de Dios para vivir en su compañía, edificó celdas en las cuales pudiesen vivir todos. Estos monjes tenían que practicar la pobreza, la castidad y la obediencia, y además dedicarse al trabajo manual siete horas diarias. Cuidando en cierta ocasión a los pobres, San Benito se sintió atacado de una fiebre perniciosa; y, conociendo que iba a morir, mandó a sus discípulos que le llevasen a la capilla, ante cuyo altar entregó su espíritu al Creador.

Trece siglos han pasado desde que, aterrado por las terribles maldades de Roma, huyó de esta ciudad un adolescente, hijo de una rica familia de Italia. Hizóse ermitaño y, a poco fué seguido a las montañas por un grupo de hombres, deseosos de llevar una vida pura en la soledad y de buscar únicamente la gloria de Dios. Todavía hoy se hallan esparcidos por el mundo gran número de discípulos de San Benito, el joven a que nos hemos referido, y cuyo retrato se representa en este grabado.

# SAN NICOLÁS, CÉLEBRE POR SUS OBRAS DE CARIDAD

PASEABA cierto día un joven rico por las calles de su ciudad natal, cuando oyó gemidos y lamentos procedentes de la casa de un antiguo noble, que habiendo perdido todo su dinero, vivía a la sazón con suma miseria, acompañado de sus tres hijas. Escuchó el joven, y oyó la voz de una de las muchachas que decía:

—Padre, déjenos ir a la calle a mendigar; es muy duro morirse de hambre.

A lo que respondió el orgulloso padre:

—Todavía no; dejémoslo por esta noche. Esperemos una noche más; rogaré a Dios que libre a mis hijas de tal desgracia.

Nicolás corrió presuroso a su casa. Entre los tesoros que había heredado de su padre, tenía tres barras macizas de oro, de las cuales tomó una. Luego, protegido por las sombras de la noche, se acercó a la casa del pobre, y, hallando abierta una ventana, a la cual podía llegar justamente poniéndose de puntillas, arrojó la barra de oro y se alejó. Volvió otra noche, y dejó la segunda barra; y por fin, la tercera noche, hizo lo mismo con la tercera barra. Pero en esta última ocasión fué descubierto, y el pobre padre, que creía este oro bajado del cielo, se arrodilló a los pies de Nicolás. Pero el santo le levantó y le dijo:

—Dad gracias a Dios, porque Él fué quien me envió a vosotros.

Muchas otras magnifícas obras de caridad hizo Nicolás en nombre de Dios y siempre en secreto; lo cual ha dado motivo a la tradición popular de algunos países, Inglaterra, por ejemplo, y los Estados Unidos de la América del Norte, la cual supone que, con el nombre de Santa Claus, desciende cada año en Noche Buena para colmar de juguetes a los niños por amor al Divino Maestro, el Amante de todos los niños y el Salvador del género humano.

# SANTA ÁGUEDA, ESFORZADA MÁRTIR DE SICILIA

QUINTINIANO, gobernador de Sicilia, estaba enamorado de una hermosísima joven de Catania.

Águeda, que así se llamaba la joven, había sido educada con gran esmero, pues era de muy buena familia; de modo, que cuando se negó a las pretensiones del gobernador, y aun se alejó de él para ocultarse en una ciudad distante, creyó éste que la muchacha sólo había obrado por orgullo. Pronto, empero, descubrió la verdad: Águeda era cristiana.

Entonces envió soldados a que la prendiesen y llevasen a su presencia. Durante largo tiempo le rogó insistentemente que renunciara a su religión; pero ella permaneció fiel a sus creencias.

Quintiniano trocó entonces todo su amor en violentísimo odio; y, viendo que no podía quebrantar la firmeza de la hermosa joven, la mandó aherrojar en un calabozo, donde fué extendida en el potro y atormentada hasta que la presión de las cuerdas le descubrió los huesos. Pero la virgen cristiana confió en Dios y nadie pudo persuadirla a que renegase de su fe.

Entoces el inhumano monstruo que había sido su amador, desenvainó su espada y la descargó sobre Águeda; después de lo cual, mandó que la llevasen a la cárcel terriblemente herida. No tuvo a su lado la inocente virgen ningún médico ni nadie que la cuidase; pero ni un grito ni un gemido se escapó de sus labios mientras permaneció tendida en el suelo de su celda; por el contrario, animado su rostro con una amable sonrisa, entregó su alma al Señor en medio de una paz extraordinaria.

Tal fué la fe de esta joven. Como todos los santos, estaba tan segura de Cristo, tan cierta de la eternidad, que no la afligió la agonía, ni el pensamiento de la muerte fué capaz de aterrarla.

# SANTA CECILIA, LA DULCE CANTORA DE ROMA

EN aquellos días en que era un crimen en la ciudad de los Césares profesar el cristianismo, pudo presenciarse una singular escena en el seno de una familia romana. Un arrogante militar de la ciudad, llamado Valeriano, acababa de llevarse a su casa a su novia, hermosísima joven romana, orgullo hasta entonces de sus padres; llamábase Cecilia. Las solemnes fiestas de la boda habían terminado, y se habían despedido ya todos los huéspedes; por fin Valeriano se hallaba a solas con su esposa. Entonces, Cecilia dijo al joven:

—Soy tu esposa, pero no te pertenezco. Pertenezco a Cristo. A Él me he entregado toda entera, y tengo un ángel custodio que me guardará de todo mal.

Extraordinaria fué la sorpresa de Valeriano al oir hablar de esta manera a su esposa, pues nunca había sospechado que los nobles padres de Cecilia profesasen la odiada secta del cristianismo.

—Muéstrame a ese ángel,— dijo al fin a su esposa; —así sabré si lo que me dices es cierto.

Entonces Cecilia manifestó a su esposo que no le sería posible ver al ángel, si antes no se resolvía a amar a Jesucristo, mandándole al propio tiempo que se encaminase a la vía Apia, extramuros de Roma, y rogase a los pobres que allí vivían le condujesen a Urbano *el Bueno*. Hízolo así Valeriano, y, habiendo hallado a Urbano en las catacumbas, aprendió de él la divinidad del Padre y de su Hijo, Jesucristo. Valeriano creyó y fué bautizado. Tan dichoso se sintió en su nueva fe, que llegó a persuadir a su hermano que abrazase igualmente el Cristianismo; y así ambos a dos, juntamente con la hermosa Cecilia, pasaron su vida haciendo bien a los pobres. Aumentaba el encanto del hogar doméstico la presencia de Cecilia, que, con su hermosísima voz, entonaba a Dios himnos que estremecían los corazones de los dos hermanos y les infundían la se-



El grabado nos muestra a Santa Cecilia, tocando el órgano. Hízose cristiana en los antiguos días de Roma, cuando el cristianismo era despreciado; en compañía de su esposo, bizarro militar romano, pasó sus días en la práctica del bien. Por fin fué condenada y sufrió una terrible muerte, entonando cánticos al Señor.

guridad de que, después de la muerte, volverían a hallarse todos juntos en otro mundo más dichoso.

Pronto se esparció la voz de que Valeriano y su hermano profesaban el cristianismo, lo cual bastó para que fuesen condenados a muerte; pero Cecilia continuó predicando con más intrepidez la fe de Cristo, hasta que el gobernador la mandó comparecer ante su presencia.

—¿Qué clase de mujer eres? —le preguntó con aspereza. — ¿Cómo te llamas?

—Soy dama romana—respondió altivamente la joven.—Los hombres me llaman Cecilia, pero mi nombre es Cristiana.

Entonces fué condenada; y habiéndola conducido a su propia casa, dos verdugos la arrojaron en un baño de agua hirviendo. Atáronla luego y le descargaron un tajo en el cuello con una espada; pero no pudieron decapitarla. Su vida se prolongó tres días más, y durante ellos repartió todo su dinero a los pobres y entonó cánticos de alabanza a Dios; luego murió, y desde entonces mismo fué llamada Santa Cecilia.

## SAN CRISPÍN, PATRÓN DE LOS ZAPATEROS

LA razón por la cual se considera a San Crispín patron de los zapateros, es la siguiente:

En el siglo III vivían en Soissóns, pequeña ciudad de Francia, dos hermanos, naturales de Roma; llamábanse respectivamente Crispín y Crispiniano.

Ambos enseñaban el cristianismo, pero, no considerando deshonra ganar el pan con el trabajo de sus manos, ejercían la profesión de zapatero, sólo que únicamente cobraban las hechuras a las personas bien acomodadas, y en cambio, a los pobres no les llevaban ningún dinero.

Pronto se extendió su fama, y atraídos por ella, empezaron a visitarles numerosas personas en las Galias, aprendiendo todas de ellos la historia del amor de Jesucristo. Al fin, llegó a Soissóns el emperador pagano, por cuya orden los dos hermanos zapateros fueron arrestados, sometidos a juicio, atormentados terriblemente y por último, decapitados.

A estos santos se les representa con la palma de la victoria en una mano y una lezna en la otra.

## SANTA ROSA DE LIMA

TENÍA esta santa, cabellos de tan hermoso color que a causa de él, le mudaron su primitivo nombre Isabel en el de Rosa con el cual es conocida en todo el mundo esta singular mujer nacida en Lima (Perú) en 1586.

Muy niña manifestaba instintivamente su inclinación a la soledad, y no era raro verla vagar por escondidos parajes de los bosques, tejiendo guirnaldas de humildes flores con que adornaba las imágenes de alguna solitaria ermita. Su espíritu volaba hacia puros ideales y era tan bella, que, constantemente perseguida por impertinentes adoradores que la distraían de su vida interior, se desfiguró el rostro, frotándolo con pimienta hasta corroer el cutis.

Nacida y crecida en la opulencia cayó su familia en la situación más precaria y Rosa, amantísima de sus ancianos y enfermos padres, hollando la crítica mordaz de sus conciudadanos, aceptó el humilde cargo de criada para mantener a sus padres.

Murieron éstos y Rosa, libre de toda traba, se envolvió en el velo religioso y su corazón henchido de amor de Dios palpitó en ardiente fiebre mística; sus virginales ojos soñaban un país de luz y armonías; sus labios murmuraban palabras apocalípticas y su bello cuerpo exhausto y macilento padeció las más duras austeridades que le acarrearon larga y penosa enfermedad.

A los treinta y cinco años de edad esta fragante *Rosa* dobló su tallo triste y sin vida y su perfumado espíritu se elevó embriagador al país de sus ensueños y de su Dios.